





8.

Isis: la diosa de los mil rostros

Un navegante errante surcaba los mares sin rumbo fijo, guiado solo por un instinto que no lograba comprender, pero que ardía dentro de él como un poder latente: la Semilla de Fuego; un fragmento mágico, legado a los hombres tras la Guerra de los Eternos. Una fuerza única, un don que combinaba magia, energía divina y visiones proféticas, pero también una maldición que lo consumía cada vez que era invocado, amenazando con reducirlo a cenizas. Él lo sabía, y por eso hacía un inmenso esfuerzo por contener sus emociones, temeroso de estallar en algún momento de intensidad.

Una noche, mientras contemplaba las estrellas, una corriente marina inquieta tiró de su barco, arrastrándolo hacia unas islas desconocidas envueltas en una bruma de colores imposibles. Por un instante, pensó si sería esta la voluntad del fragmento, y no la suya, la que lo conducía. Sentía, con ansiosa certeza, un llamado irrefrenable, como si un susurro mágico lo guiara hacia lo más profundo de su anhelo. Al pisar la arena multicolor de la isla principal, un calor se encendió en su pecho: la semilla despertaba.

Fue entonces cuando descendió una figura etérea desde las alturas, envuelta en un resplandor que parecía contener el universo entero. Se presentó como Isis, una antigua y poderosa diosa de belleza infinita.

Renzo, desarmado por su mirada, quedó atrapado en un hechizo de amor que lo hizo volar, como un colibrí, hacia el cielo.

Isis lo acogió en su regazo: un paraíso suspendido entre el cielo y el mar, donde el tiempo fluía con cadencia propia. Allí, el navegante enamorado vivía levitando en la dicha de los primeros días, confesando sus anhelos y temores más profundos, mientras ella lo escuchaba con una sonrisa que prometía complicidad eterna. Momentos de inmensa devoción pasaron entre ambos, mientras sus manos temblorosas acariciaban el rostro de la diosa y rozaban sus labios, cálidos y dulces como fruto prohibido. Sin embargo, un eco en su interior lo perturbaba: visiones fugaces de ceniza y fuego regresaban, atormentando su conciencia. Entonces comprendió que debía partir. Estaba convencido de que aquella isla era una prisión disfrazada de paraíso, y que una fuerza invisible lo alejaba de su verdadero destino.

El momento de la despedida llegó. Al girarse para mirarla una última vez, vio cómo el rostro de la diosa se transformaba en una algarabía de formas y colores, en una sinfonía de metamorfosis que tornaba lo sublime en algo monstruoso. Y entonces, gracias al poder del fragmento, la verdad se reveló: no era Isis, sino la Bruja de los Mil Rostros. Junto a sus hermanas, había usurpado los poderes de la verdadera diosa y tejía ilusiones de amor para atraer marineros, alimentándose lentamente de su energía vital. La semilla rugió dentro de él, y con una explosión de fuego mágico rompió el hechizo. Su cuerpo fue invadido por una energía escarlata y abrasadora, que dejó en su aliento el sabor amargo de la ceniza.

Herido, pero libre, Renzo enfrentó a la Bruja. Sus visiones proféticas, ahora más claras, le mostraron dónde estaba cautiva la verdadera diosa: desnuda y encadenada en una caverna de cristal, despojada de su divinidad. Se lanzó al mar embravecido, navegando entre tormentas mágicas desatadas por las hermanas oscuras. Al llegar al lugar, la liberó. Ella le agradeció con una mirada silenciosa, que no necesitaba palabras, y le otorgó una chispa de su luz divina para contrarrestar el fuego que lo consumía, sanando parte de su maldición y brindándole algo de control sobre su don.

Su hazaña permitió liberar también a otros prisioneros del amor: más de cien hombres que, como él, habían caído en las redes de las brujas. Renzo se convirtió en su capitán, y juntos abandonaron las islas rumbo al vasto océano. La Bruja de los Mil Rostros se desvanecía, derrotada por su propia ambición, mientras la auténtica Isis ascendía, radiante, para reclamar su lugar en el firmamento.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.